

30



Patrick

mares

rojos



Nora

Estaba buenísima. Me di la vuelta y me miró con una de sus típicas sonrisas que me hacen sentir imbécil. Estaba sentado con el respaldo de la silla inclinado hacia atrás. Patrick Russel; ojos turquesas, pelo moreno y rizado y metro noventa. Tiene la extraña costumbre de meterse las manos en los bolsillos, como si ocultara algo. Estaba hablando conmigo pero, por alguna razón solo puedo prestar atención a sus labios.

Hoy teníamos una salida con la clase a un campo no muy lejos de aquí, de Cornwall. En el autobús Patrick parecía estar preocupado, aunque no le di mucha importancia. Al llegar estuvimos unos tres cuartos de hora hablándonos sobre la fauna, flora y las normas de aquel lugar. A la hora de la comida me senté debajo de un árbol, más bien un arbusto. Hacía un calor horrible a aquella hora del medio día, aún recuerdo el sonido de los mosquitos revoloteando a mi alrededor. Sentada en la sombra, Patrick se acercó y se sentó a mi lado:

-¿Qué te parece? - Le mire de arriba a abajo y sonrei. Me tumbé y dejé que las hojas me hiciesen una almohada:

- Hace mucho calor, demasiado como para apreciar este sitio. - Al igual que yo, Patrick también se tumbó. Las hojas le acariciaban su dulce y pálido rostro y los rayos del sol hacían que le brillasen los ojos:

- Vamos a dar una vuelta. - Él es así, independiente. Toma las decisiones sin preguntar a nadie:

- Vamos. - Le respondo. Nos levantamos y empezamos a andar, sin saber muy bien a donde nos dirigíamos.

Patrick se detuvo al llegar a una especie de lago y se sentó. Yo me senté a su lado y le miré fijamente. Sonrió, pero esa una sonrisa forzada. Quería preguntarle qué le pasaba, pero pensé que el silencio era la mejor solución. Simplemente miraba hacia abajo y parecía preocupado:

-¿Alguna vez te has parado a pensar en qué pasaría si te pasara algo mañana? Si te murieras.

- No... no.

- Mi madre siempre me dice que la vida no se mide en segundos ni en horas, sino en buenos momentos. Pero... ¿no crees que hay algo más?

- No... no lo sé. Cuando mueres mueres, y tu cuerpo se descompone y luego se desintegra. Este último comentario parecía haberle echo gracia, aunque, yo no se la vea.

- Entonces cuando morimos nos vamos y... ya está. Adiós.

- No, vamos que sí, pero... ¿por qué lo preguntas? - sería.

- Por... porque mi hermano está enfermo y los médicos dicen que no se salvará, pero yo creo que no es así, que puede vivir más. Porque no puede morir así. Aún no se ha enamorado, no ha crecido, no ha tenido hijos, no ha visto mundo. - Esto lo dijo mientras le recorria una lágrima por una de sus sonrojadas y delicadas mejillas. No sabía que hacer así que simplemente le dije:

- Te prometo que tu hermano va a vivir, yo le ayudaré a curarse. - dije sin pensar.

Por la tarde, Patrick me llevó al hospital donde tumbado en una cama estaba su hermano. Parecía agotado y tenía ojeras. No me atreví a pasar, me quedé apollada a un lado de la puerta. Jonh, Jonh se llamaba. Tenía 14 años, dos menos que yo y su número de glóbulos rojos había bajado un 10%. El chico era, se podía decir, tan guapo como su hermano; pelo moreno, ojos azules y el pelo muy muy corto y se podía apreciar que era rizado. Con tan solo 14 años tenía leucemia aguda. Me senté a su lado y empecé a hablar con él y a preguntarle cosas. Me pidió un vaso de agua y fui a por él. Por el pasillo escuché a los médicos hablando con la madre de Patrick diciéndole que lo sentían mucho pero que su hijo podría morir en cualquier instante mientras la pobre mujer rompía a llorar. Yo también lloré hasta llegar a la habitación de Jonh, allí me sequé las lágrimas y le traje el vaso de agua. Cuando Patrick se enteró de que su hermano podría morir

Se encerró en el baño a llorar. Desde aquel día fui cada semana a ver a Jonh, parecía muy mejor; jugábamos a la tablet, paseábamos, comíamos juntos y de vez en cuando me gastaba la típica bromade que si Patrick y yo somos novios o nos íbamos a casar.

Un día fui a ver a Jonh pero no estaba en el hospital y no me cogía el teléfono. Ese día Patrick tampoco fue a clase y me asusté. Me temía lo peor; que Jonh hubiese muerto, que Patrick estuviera de entierro, que estén en el tana torio o que Patrick halla cogido una depresión por la muerte de su hermano. La verdad es que ninguna de las cosas que pensaba eran ciertas. Patrick me lo contó todo. Cuando los médicos se temían lo peor y se habían dado por vencidos dijeron que ya no podían hacer nada más, y que si Jonh quería vivir solo tenía que tener fuerza de voluntad. Y así fue, tu la ayudaste a luchar por su vida y juntos lo conseguisteis. Me alegré un montón al saber que Jonh estaba bien.

- Con unos tres o cinco meses de tratamiento se curará por fin y habrá vencido a siete años de cáncer.- me dijo Patrick.

Pasaron meses y Jonh iba mejorando, a los cuatro meses de tratamiento ya puede ir al instituto por la mañana y por la tarde hacia tratamiento.

Era una mañana de domingo tranquila cuando Patrick llama por teléfono:

- ¡Se ha curado! ¡Se ha curado Nora!- si, me llamo ora. Me alegré tanto que me puse a chillar y a llorar, a llorar de alegría.

Hoy es el cumpleaños de Jonh, hemos hido a celebrarlo a la bolera y le hemos enseñado a jugar a los bolos. Justo que Jonh se comió una tarrina de helado más grande de su cara, hacía nueve años que Jonh no comía helado y parecía muy entusiasmado por ello.

Al atardecer fuimos solamente Jonh, Patrick y yo, Ubra Tomlison al lago donde Patrick me conto que su hermano estaba enfermo. Estábamos metidos en el lago lanzándonos agua y riendonos cuando nos tumbamos en el césped mirando hacia el cielo, aquella tarde del tres de agosto el cielo del atardecer era más naranja que nunca. Mire a Patrick a los ojos y el tambien me miró a mi:

- Sabes, hoy el cielo es tan impresionante como treinta mares rojos. - y me besó.